

**Los antis: la Amazonía como frontera y mundo desconocido
en dos fuentes coloniales**

**Carmela Zanelli
Pontificia Universidad Católica del Perú**

Resumen:

El trabajo busca explorar la concepción del espacio amazónico—específicamente a partir del uso de la palabra quechua antis, de donde procede el topónimo *Andes*, en dos textos coloniales muy representativos como son el *Manuscrito de Huarochirí* (1608) y las dos partes de los *Comentarios reales de los Incas* (1609 y 1617), texto fundacional de las letras peruana, escrito por el cronista mestizo el Inca Garcilaso de la Vega. Este vocablo significa el límite o la frontera con el mundo amazónico, de allí *Antisuyo* para designar la parte oriental del imperio incaico que limita con la Amazonía pero que claramente no la incluye. Este espacio es caracterizado de manera coincidente en los tres textos como una zona agreste, salvaje y no conocida—así la Amazonía es representada como un ámbito que queda fuera del espacio controlado, conocido y cultivado tanto por los pueblos que adoran al huaca Pariacaca en las provincias de Huarochirí como por los “civilizados” incas de Garcilaso.

Palabras clave: antis, amazonía, Huarochirí, Comentarios reales, exilio de Vilcabamba, Gonzalo Pizarro

Abstract:

The paper seeks to explore the development of the Amazon region, specifically from the use of the Quechua word anti, from which the toponym Andes, in two very representative colonial texts such as the Huarochiri Manuscript (1608) and the two sides of the Comments actual Incas (1609 and 1617), founding text of Peruvian letters written by the mestizo chronicler Garcilaso de la Vega. This word means the limit or border of the Amazonian world, hence Antisuyo to designate the eastern part of the Inca empire which borders the Amazon but that clearly does not. This space is characterized by coincidence in the three texts as a wild, wild and not-well known Amazonia is represented as an area which is outside the controlled space, both known and cultivated by the people who worship the huaca Pariacaca in Huarochiri provinces as "civilized" Inca Garcilaso.

Keywords: anti, Amazon, Huarochiri, real reviews, exile of Vilcabamba, Gonzalo Pizarro

Cuando a empecé a estudiar el *Manuscrito de Huarochirí*—interesantísimo y singular documento quechua del siglo XVII, resultado de una de las varias y casi siempre violentas campañas de extirpación de idolatrías, realizada esta en la serranía de Lima y dirigida por Francisco de Ávila en la primera década del siglo XVII,¹ advertí el surgimiento de una identidad andina en torno al huaca Pariacaca, aspecto que guió el análisis semiótico de lo que identifiqué como un *ciclo mítico* en torno a este personaje tutelar en mi tesis de Bachillerato (Zanelli, 1989).² Este texto, redactado en quechua por alguno(s) de los informantes de Ávila, es uno de los pocos testimonios sobre la religiosidad andina anterior no solo a la dominación española sino también a la incaica. Durante esta nueva lectura del *Manuscrito*, recordé una palabra que había aprendido en esos años en un importante y fascinante curso de “Lingüística Andina”, impartido por el maestro Rodolfo Cerrón Palomino, quien nos aclaró que el topónimo *Andes*³—que usamos para denominar a la imponente cordillera que atraviesa cual espina dorsal nuestro país—proviene de una denominación, que significa el límite o la frontera con el mundo amazónico, los *antis*, de allí *Antisuyo* para designar la parte oriental del imperio incaico que limita con la Amazonía pero que claramente no la incluye.

Este concepto es clave para entender la configuración de todo el documento, organizado en torno al dios tutelar, Pariacaca,⁴ huaca andino y fuerza acuática⁵ que otorga unidad e identidad a las comunidades regidas y reconocidas

¹ De hecho, esta campaña particular produjo un impacto en Guaman Poma, quien relata en su *Primer nueva corónica y buen gobierno*, cómo, durante su viaje de Ayacucho a Lima para entregar su manuscrito y enviarlo al rey de España, los pobladores de Huarochirí huyen debido a las persecuciones del doctrinero Ávila y vuelven paradójicamente más que nunca a sus antiguas creencias. Es particularmente revelador su encuentro con tres mujeres ancianas en su paso por Huarochirí en el capítulo autobiográfico, “Camina el autor”, donde habla de sí mismo en tercera persona: “Las dichas tres biejas rresponde y dijo: ‘Señor, digo que mis agüelos antepasados deuen de ser ydulatras como xentiles, como españoles de Castilla y los rromanos, los quales se acauaron aquellos. En esta uida somos cristianos y bautizados. Y *ancí agora a culpa del dotor [Ávila] adoraremos a los serros o ci no, todos yremos al mente hoydos pues que no ay justicia en nosotros en el mundo . . . llorando y dando voces con los ojos mirando el cielo, pedían a Dios muerte. Que acá lo vido el dicho autor, de ello se quedó espantado el dicho autor*” (1122; nuestro énfasis). Estos puntos de contacto entre el *Manuscrito* y la crónica de Guaman Poma los trabajé inicialmente en un artículo publicado en 1992 (Zanelli, 1992).

² Carmela Zanelli. “El ciclo mítico de Pariacaca. Análisis en lingüística del discurso.” Memoria de Bachillerato, con mención en Lingüística y Literatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 1989.

³ Es interesante advertir que el topónimo *Andes*, que procede del quechua *anti*, que denominaba el espacio que está más allá de la frontera limitada por las montañas que limitan el espacio serrano por un lado y se abren hacia el “desconocido” espacio de la selva amazónica.

⁴ Respecto al nombre del huaca, se advierte en la explicación de Gerald Taylor, “Derivado probablemente de /parya/ “polvos de color colorado, como de bermellón” (Arriaga, p. 211) y de /qaqa/ “peña”. Nombre del dios principal de las provincias de Huarochirí y de Yauyos en la época de la llegada de los españoles, se identifica con un nevado, conocido también por el nombre de Yaro (dios de los llacuases) y asociado con el culto de Huallallo Carhuincho, desterrado por Pariacaca a la región oriental de Huancayo” (Cap. 1, Nota 12).

⁵ Al respecto, María Rostworowsky(2007) presenta a Pariacaca como “una divinidad de las lluvias torrenciales, las que producen los temibles huaycos. Las conquistas posteriores de Pariacaca sobre los yungas, por entonces habitantes de las tierras altas, se lograron por medio de los lloclla o torrenteras, tan frecuentes y amenazadoras en las quebradas y valles andinos” (p. 48).

por él tras varios encuentros fundacionales.⁶ También lo encontramos en la obra del Inca Garcilaso, en las dos partes de los *Comentarios reales*, como límite para no cruzar en las conquistas del Inca Viracocha en el Libro V de la primera parte, pero también como lugar de escape tanto del líder chanca Hancohuallu como de Manco Inca, quien encabezara el cruento sitio del Cuzco entre 1536 y 1537 por casi un año, narrado este último proyecto político indígena⁷ en el Libro II de la segunda parte de los *Comentarios*, publicada póstumamente con el título espurio de *Historia general del Perú* (Córdoba, 1617).⁸ Pero, también el espacio amazónico es lugar protagónico de la fallida empresa de conquista del todavía inexperto Gonzalo Pizarro cuando se aventura por la llamada tierra de la Canela en los Libros III y IV también en la segunda parte de los *Comentarios* de 1617 antes de encabezar su peligrosa sedición en contra de la Corona. En todo caso, la manera de describir la Amazonía y las características del concepto permanecen—de un texto a otro—básicamente inalterables.

El Manuscrito de Huarochirí

⁶ En efecto, el ser regidos por un único padre—*huk yayayuq*—es signo que nuclea y reúne a las distintas comunidades de las distintas provincias aludidas a lo largo del *Manuscrito*; así desde la Introducción se alude al huaca Pariacaca: “voy a relatar aquí las tradiciones de los antiguos hombres de Huarochirí, todos protegidos *por el mismo padre*, la fe que observan y las costumbres que siguen hasta nuestros días” (Introducción: enunciado 3; mis subrayados). Estos aspectos de construcción de la identidad los trabajé en un artículo del 2006, pero publicado recién en el 2010 (Zanelli, 2006).

⁷ La denomino último *proyecto político* indígena no de manera gratuita, pues identifico en la segunda parte de los *Comentarios reales*, varios intentos de recomposición del orden social tras la fractura generada por la conquista española. Así, el levantamiento de Manco Inca que devino en el cruento y definitivo sitio del Cuzco me parece, además, un momento más decisivo y fundacional que el desentendimiento de Cajamarca, cuando —Atahualpa y Pizarro o bien el padre Valverde—se encuentran cara a cara por primera vez, pues Manco Inca consigue reunir en torno suyo al bando indígena (dividido previamente entre Huascar y Atahualpa) y aunque es derrotado, se convirtió en el último intento de los Incas por reconquistar el poder. Le seguirá la Guerra de los encomenderos en contra de la Corona, liderada esta por el menor de los hermanos Pizarro, Gonzalo.

⁸ Es necesario insistir que el título de *Historia general del Perú* fue un título impuesto por el editor de turno y no una decisión de su autor. De hecho, incluso en los preliminares, a saber en tasas, permisos y aprobaciones aparece siempre el título de *Segunda parte de los comentarios reales de los Incas*. Solo tras terminar la lista de erratas, aparece el título espurio: “Este libro, intitulado *Historia general del Perú*, con estas erratas, corresponde con su original. Dada en Madrid a 12 de noviembre de 1616” (18). En el cuerpo del texto se habla siempre de la *Segunda parte de los comentarios reales de los Incas*. Baste como ejemplo el título del primer libro de la *Historia general del Perú*: “La conquista del Perú. Libro primero de la segunda parte de los Comentarios reales de los Incas, . . .” (I, I: 19). Incluso el título que aparece en la portada de la primera parte, publicada en Lisboa en 1609, alude a la condición de ser parte de un texto mayor: “Primera parte de los Comentarios reales de los incas” y no simplemente *Comentarios reales*. Las primeras líneas del primer capítulo del primer libro de la *Historia general* son también elocuentes en su intento por establecer la relación entre las dos partes: “En las cosas que hemos dicho en el libro nono de la primera parte de nuestros *Comentarios reales* se ocupava el bravo Rey Atahualpa, . . . [c]uya historia para haverla de contar como passó, será necessario bolvamos algunos años atrás, para tomar de sus primeras fuentes la corriente della” (I, I: 19-20).

En esa primera investigación del documento quechua, aventuré una lectura totalizadora, desde la perspectiva teórica de la semiótica, al seguir el recorrido del dios andino, el huaca Pariacaca. Al reunir sus distintas acciones—desde su nacimiento en forma de cinco huevos en el cerro de Condorcoto, hasta el momento de *petrificación*⁹ (o autopetrificación)—es decir, el momento cuando se establece como *llactahuaca* o huaca local, identifiqué una trayectoria a la manera de un ciclo mítico como mencioné al empezar esta reflexión.

Un episodio culminante del ciclo mítico de Pariacaca es cuando ocurre la lucha¹⁰ cósmica entre Pariacaca, con su principal antagonista Huallallo Carhuincho,¹¹ quien es expulsado fuera del mundo controlado y cuidado por el dios andino hacia la zona agreste, salvaje y no conocida de los *Antis*, como se adelanta desde el primer capítulo. En el capítulo sexto se insiste en que Pariacaca, tras desenmascarar al falso huaca Tamtañamca, apenas acabado de nacer de cinco huevos en el capítulo anterior (el quinto), lo primero que hace es ir en busca de su enemigo: “/Se dice que/ Pariacaca, convertido en hombre ya grande, se puso a buscar a su enemigo. El nombre de este era Huallallo Carhuincho” (VI: 1-2) y se advierten sus costumbres bárbaras pues Huallallo “[s]olía comerse a los hombres y beberse [¿su sangre?]” (VI: 3). Será en el capítulo octavo cuando ocurre el gran enfrentamiento. Así, tras impedir que un hombre sacrificase su hijo a Huallallo,¹² “Pariacaca empezó a luchar contra Huallallo Carhuincho”, como había prometido:

Como Pariacaca [y sus hermanos] eran cinco hombres, cayeron [en forma de] lluvia de cinco lugares diferentes. . . . Después, [convertidos en] relámpagos,

⁹ Para entender de manera cabal el crucial concepto de la *petrificación*, véase el trabajo de Celia Rubina, citado en la Bibliografía (Rubina, 1992).

¹⁰ Tal enfrentamiento, narrado en el capítulo octavo, se adelanta, incluso, desde el primer capítulo cuando se dice: “Narraremos más adelante la lucha que hubo [entre estos dos {Pariacaca y Huallallo}] y el origen de Pariacaca” (Cap. 1: enunciado 13). En este mismo primer capítulo se aclara que todo lo relacionado con Huallallo fue expulsado con él hacia la zona amazónica: “esos [pájaros] fueron expulsados, junto con todas [las demás] obras [de Huallallo Carhuincho] hacia [la región de] los *antis*” (Cap. 1: enunciado 12; mis subrayados). La lucha se relata también de manera más resumida en el capítulo sexto. Trabajo con la estupenda edición y traducción de Gerald Taylor (*Ritos y tradiciones de Huarochirí*. Ed. y trad. Gerald Taylor. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1987). De ahora en adelante, el número en romanos identifica el capítulo y los números arábigos refieren a los enunciados citados.

¹¹ “Junto con Huallallo Carhuincho, los elementos característicos de la civilización que él había establecido: la fauna y la fertilidad tropicales, y quizás también la antropofagia fueron afastados hacia las tierras de los *anti*” (I: 2^a. nota del enunciado 12). Incluso se dice en el primer capítulo que, tras vencer a los huacas primigenios—Yanañamca y Tutañamca (siendo *yana*=negro y *tuta*=noche)--, “a estos, en una época posterior, los venció otro huaca llamado Huallallo Carhuincho. Después de haberlos vencido, era Huallallo quien animaba a los hombres a los cuales no consentía que engendraran más de dos hijos. Uno se lo comía. El otro—el preferido—era criado por sus padres” (I: 2-5).

¹² Uno de los hermanos de Pariacaca le preguntó por la razón de su tristeza a un hombre que iba llorando con su hijo en los brazos y este “le contestó: ‘Padre, llevo a mi hijito querido para dárselo de comer a Huallallo’. ‘Hijo, ¡no lo hagas! Llévalo de nuevo a tu comunidad; dame a mí ese mullo, esa coca y ese ticti, y después regresa [a tu casa] llevándote a tu hijo’ le dijo [el otro]. ‘Después de cinco días, vas a volver aquí para ser testigo de mi lucha [contra] Huallallo’ (VIII: 15-16).

se arrojaron también de cinco lugares diferentes. Desde la mañana temprano hasta la puesta del sol, Huallallo Carhuincho [en forma de] fuego gigantesco, cuyas llamas llegaban casi hasta el cielo, ardía sin dejarse extinguir. Toda el agua producida por las lluvias de Pariacaca bajó hacia el mar. . . . hizo caer un cerro más abajo, . . . y la detuvo. . . . Pariacaca seguía arrojando sus rayos sin darle tregua [a su enemigo]. Entonces, Huallallo Carhuincho huyó en dirección a los anti. (VIII: 22, 24, 26-29, 33-34; mis subrayados)

Este enfrentamiento se vuelve a relatar en el capítulo 16, cuando se aclara que “Como Huallallo Carhuincho quedó sin fuerza alguna, *huyó hacia [la región] de los antis*. Pariacaca, junto con todos sus hermanos, lo persiguió. Como [Huallallo] ya había entrado en [el territorio de] *los antis*, [Pariacaca] dejó a uno de sus hermanos nombrado Pariacarco *en la puerta de los antis* para impedirle volver” (XVI: 23-25; mis subrayados). Tras vencer a su principal enemigo, Pariacaca se dedica a visitar las distintas comunidades andinas para finalizar su recorrido en el capítulo XVII al momento de convertirse en *llactahuaca* o huaca local y autopetrificarse: “Pero, /según la tradición/, Pariacaca mismo se encuentra más abajo, en el interior de una peña. Cuando entró con sus demás hermanos en esa peña, dijo: ‘Voy a quedarme aquí; desde aquí ustedes me adoraréis’ y allí en esa peña se estableció como huaca local” (XVII: 10 -11). En este mismo capítulo XVII, donde se relata la *petrificación* y en su caso sacralización como huaca local, se dice, cómo en el cercano nevado de Huamayaco, “antes del nacimiento del inga, convocó a todos los hombres del Tahuantinsuyo. . . .[E] instruyó a sus huacas para que lo adorasen” (XVII: 13-14). Tras el relato de la versión definitiva y más extensa de la lucha entre Pariacaca y Huallallo en el capítulo octavo, se enumeran las distintas comunidades que le rendían culto a Pariacaca en el capítulo IX:

Se estableció la costumbre de adorar a Pariacaca en todos estos cerros que acabamos de nombrar después que los huiracochas se manifestaron, aparecieron. Sin embargo, /dicen que,/ en los tiempos antiguos, toda la gente iba hasta [el santuario] mismo de Pariacaca. Todos los yuncas de Colli, de Carhuayllo, de Ruricancho, de Lati{m}, de Huanchohuaylla, de Pariacha, de Yañac, de Chichima y de Mama, todos los yuncas de ese río así como los sacicaya también y todos los del otro río y los pachacamac también, . . . , todos los yuncas sin excepción, todos los yuncas de dichos ríos venían al [santuario] mismo de Pariacaca con ticti, coca y todas las demás ofrendas rituales. (IX: 99-101).

El culto a Pariacaca identifica a una gran cantidad de pueblos y los reúne en torno a una misma identidad religiosa que contrasta con el culto del antiguo dios vencido—Huallallo Carhuincho, vistoso dios selvático pero salvaje pues “solía comer carne humana”, como ya se ha visto. Pariacaca y sus hermanos impiden que continúen estos sacrificios humanos al detener a quienes iban a entregar a sus hijos y se enfrentan, como se ha visto, expulsando a Huallallo y haciéndolo regresar para siempre a la región de los *Antis*. El culto a Pariacaca supone un culto superior al de Huallallo, a quien debe claramente derrotar; además, su

presencia permite la conjunción del agua con la tierra para madurar y producir y así sustentar a los pueblos que le rinden veneración. Pariacaca es tan poderoso que, incluso, los Incas se someten a su culto, cosa que no ocurre con la llegada de los españoles. Ahora toca el turno a las dos partes de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso para evaluar cómo se concibe el espacio amazónico en dicho texto, igualmente fundacional.

Las dos partes de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso

Muy pronto en la primera parte de los *Comentarios*, publicada como sabemos en 1609, delimita Garcilaso el espacio incaico, cuando incluso no ha narrado aún el advenimiento casi milagroso de la sofisticada civilización incaica a partir del capítulo XV del Libro I de la obra. En el capítulo VIII de este primer libro, titulado justamente “La descripción del Perú” es donde da cuenta de los “cuatro términos que el Imperio de los Incas tenía cuando los españoles entraron en él” especifica las fronteras norte, sur y señala que al este o levante: “*Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres ni de animales ni de aves, inaccesible cordillera de nieves que corre desde Sancta Marta hasta el Estrecho de Magallanes, que los indios llaman Ritsuyu, que es vanda de nieves*” (I, VIII: 25-26).¹³ Es como si quisiera justificar la existencia de tal lindero a los escarpados Andes y no al mundo que quedaba a sus espaldas, como se verá en el transcurso de la presente exposición. Es claro, entonces, que la Amazonía queda fuera del espacio controlado, conocido y cultivado por los Incas.

Lo mismo ocurre de manera clara con el Inca Viracocha, tras defender exitosamente el Cuzco del asedio de los Chancas,¹⁴ pues envía a sus capitanes a consolidar las fronteras de su vasto imperio, momento donde Garcilaso señala explícitamente que este poderoso Inca había alcanzado las fronteras posibles en los capítulos finales del Libro V: “con la cual acrecentó el Inca Viracocha su Imperio *hasta los términos posibles, porque al oriente llegava hasta el pie de la gran cordillera y sierra nevada, y al poniente hasta la mar, y al mediodía hasta la última provincia de los Charcas, más de dozientas leguas de la ciudad. Y por estas tres partes ya no había qué conquistar, porque por la una parte le atajava la mar y por la otra las nieves y grandes montañas de los Antis y al sur le atajavan los*

¹³ Cito los *Comentarios*, a partir de la edición de Ángel Rosenblat (Buenos Aires: Emecé, 1943). Indico en cada caso: en números romanos el libro y el capítulo y en arábigos las páginas de la que procede la cita.

¹⁴ Como sabemos el Inca Garcilaso, como ha explicado María Rostowrowsky, le atribuye al Inca Viracocha la crucial victoria sobre los Chancas, hecho que consolidaría la futura expansión y fortaleza del Tahuantinsuyo cuando según la mayor parte de fuentes dicha victoria fue alcanzada por el Inca Pachacutec. Rostworowski, aclara que “Siguiendo el problema de quién fue el vencedor de los chancas, Garcilaso menciona a Viracocha como el triunfador, y con esa afirmación está en desacuerdo con el consenso de cronistas que señalan a Pachacutec como el vencedor de los chancas. Trece cronistas mencionan a este Inca como el triunfador, mientras otros cuatro traen solo noticias indirectas en este sentido. Solo Garcilaso seguido por el tardío Anello Oliva mencionan a Viracocha como el vencedor de los chancas, mientras Cobo no analiza la situación y prefiere dar a ambos la victoria” (216).

desiertos y grandes montañas que hay entre el Perú y el reino de Chili” (V, XXIV: 275; mis subrayados). Nuevamente, pareciera que son las altas cumbres una simple e inmediata frontera natural para dejar a sus espaldas la extensa Amazonía.

En el siguiente capítulo, siempre en el Libro V, el Inca Garcilaso relata cómo el Inca Viracocha visita las distintas provincias de Cuntisuyu, de Collasuyu al sur para terminar con el Antisuyu, al este. Las diferencias no pueden ser más obvias en el boato y ceremonia de las celebraciones y ceremonias en honor al Inca: “Acabada la visita de Collasuyu, entró en Antisuyu, donde, *aunque fué recibido con menos fausto y pompa, por ser los pueblos menores que los pasados*, no dexaron de hazerle toda la fiesta y aparato posible” (V, XXV: 280; mis subrayados). Durante la segunda visita a todos sus reinos y provincias le llegan noticias de la huida de Hancohuallu, líder de los chancas, quien deseaba librarse del vasallaje de los Incas y como comprendía que emprender “un nuevo levantamiento era locura y disparate . . . él se contentava con buscar su libertad con la menos ofensa que pudiesse hazer a un Príncipe tan bueno como este Inca Viracocha” (V, XXVI: 281). Así, Hancohuallu persuade hasta ocho mil indios de guerra, además de la gente común y menuda de mujeres y niños con el propósito de buscar “nuevas tierras donde poblar y ser señor absoluto o morir en la demanda, y que lo más dissimuladamente que pudiesen se fuessen saliendo poco a poco de la jurisdicción del Inca” (V, XXVI: 281). Con este propósito, Hancohuallu “caminó, arimándose a mano derecha de como iva, *llegándose hazia las grandes montañas de los Antis, con propósito de entrarse en ella y poblar donde hallase buena disposición*. Y así dicen los de su nación que lo hizo, . . ., donde dicen que hizieron tan grandes hazañas que más parecen fábulas compuestas en loor de sus parientes, los Chancas, que historia verdadera” (V, XXVI: 282; mis subrayados).

Algo parecido parece pensar Manco Inca cuando decide escapar del Cuzco, tras la derrota sufrida durante el cerco de dicha ciudad en 1536. En la segunda parte de sus *Comentarios*, el Inca Garcilaso utiliza el mencionado término para aludir igualmente a un espacio de auto-exilio que los Incas eligen, tras dicho fracaso, marcando su carácter de ámbito ajeno e incluso áspero, agreste y salvaje. Recordemos que en la alocución que Manco Inca dirige a su gente, antes de autoexiliarse en Vilcabamba, utiliza también dicho nombre: “Yo me voy a las montañas de los Antis, para que la aspereza dellas me defienda y asegure de estos hombres, pues toda mi potencia no ha podido” (I, XIX: 196-7; mis subrayados).¹⁵ Resulta claro, en los dos casos antes mencionados, que tanto Hancohuallu como Manco Inca pretenden escapar y salir de los límites conocidos e internarse en espacios fuera de los límites controlados por los Incas y luego, por los españoles, una vez ocurrida la conquista. Pero, ni siquiera refugio tan apartado protege a Manco Inca de encontrar repentina como inesperada muerte. En el capítulo VII del Libro IV de la segunda parte de los *Comentarios*, el Inca Garcilaso

¹⁵ Para la segunda parte de los *Comentarios*, trabajo también con la edición de Ángel Rosenblat (Buenos Aires: Emecé, 1944). Indico, de igual manera, en romanos el Libro y capítulo y en arábigos, las páginas.

señala acongojado cuando relata la muerte absurda de Manco Inca y su aciaga fortuna, porque refugiado en Vilcabamba, muere a manos de un español llamado Gómez Pérez¹⁶ durante un juego: “Assí acabó el pobre príncipe Manco Inca a manos de los que él guaresció de la muerte y regaló todo lo que pudo mientras vivió, que no le valió su destierro voluntario *ni las bravas montañas que eligió para su refugio y defensa*, que allá le fueron a hallar las manos y la furia de un loco sin juicio, sin consejo ni prudencia” (28; mis subrayados).

Ahora bien, para ir finalizando la presente reflexión, resulta interesante cómo para los españoles, al menos los primeros conquistadores, la Amazonía es un mundo tan ajeno como para los pueblos andinos, como vemos en la expedición a la tierra de la Canela, emprendida con aciagos resultados por el menor de los hermanos Pizarro; me refiero, claro está, a Gonzalo.

La aventura amazónica de Gonzalo Pizarro¹⁷

Tras emprender con éxito la conquista de Los Charcas—al sur del Cuzco—acompañado del padre del Inca Garcilaso en tal empresa, Gonzalo Pizarro es enviado por su hermano Francisco, esta vez hacia el norte del territorio controlado ahora por los españoles y antes por los Incas. Francisco Pizarro “tuvo nueva que fuera de los términos de Quito, y fuera de lo que los Incas señorearon, había una tierra muy larga y ancha, donde se criava canela, por lo cual llamaron la Canela. Parecióle embiar a la conquista della a su hermano Gonçalo Piçarro, para que tuviesse otra tanta tierra que gobernar como él” (III, II: 243; mis subrayados). Queda claro que se trata de un ámbito que queda fuera del mundo conocido por los Incas. Ahora bien, como aclara James Lockhart respecto de esta expedición: “El gran acontecimiento del periodo quiteño en la vida de Gonzalo fue su expedición a gran escala. Aun cuando la imposibilidad y la osadía de la empresa la hace aparecer retrospectivamente adecuada al carácter imprudente de Gonzalo, . . . Informaciones indígenas persistentes predecían riquezas de oro y especies en la región amazónica” (I: 189). La derrota y muerte de Almagro supuso además, para Francisco Pizarro, encontrarse con una jurisdicción de más de setecientas leguas de tierra que hay norte-sur, desde Charcas hasta Quito. Así, resultaba importante—como apunta Lockhart— “que si Gonzalo efectivamente encontraba

¹⁶ Según John Hemming, Gómez Pérez fue uno de los españoles que huyeron del Cuzco, tras la muerte de Almagro el Mozo. Tanto la muerte del mariscal [Almagro] como después la de su hijo entristecieron a Manco, quien dio la bienvenida a todos los fugitivos de la derrotada facción almagrista. De acuerdo con Hemming, “ningún español, por más temperamental que fuese, mataría a un gobernante extranjero, en cuya corte estaba refugiado con un pretexto tan frágil” (328). Es más, seis cronistas afirman que el asesino fue Diego Méndez y que planeó realizar el crimen. Fue Gómara quien embelleció la historia: “dice que el crimen no fue premeditado sino producto de una diferencia surgida cuando jugaban ‘a la bola’ y que el asesino fue Gómez Pérez (cap. 156). Su versión fue seguida por Garcilaso”, como hemos visto (Hemming 328, nota 101).

¹⁷ Me he ocupado antes de la figura de Gonzalo Pizarro—estudiado como héroe trágico—en la segunda parte de los Comentarios reales del Inca Garcilaso. Primero en un artículo, publicado en México en 1996 y más en detalle en mi tesis doctoral, presentada en la University of California, Los Angeles en el 2010 (Ver bibliografía).

una zona poblada, su derecho a gobernar toda la región de Quito estaría asegurado” (I: 189). Gonzalo se prepara en el Cuzco para acometer tan difícil empresa, calificada no solo de “hazaña” por el narrador del texto, sino de momento idóneo para que Pizarro demostrara su valor: “aceptando con muy buen ánimo la jornada, *por mostrar en ella el valor de su persona para semejantes hazañas*” (III, II: 243; mis subrayados). Con gran contingente de hombres a pie y a caballo, así como cuatro mil indios de paz, cargados con armas y bastimentos, cuatro mil cabezas de ganado de puercos y de las ovejas mayores de aquel imperio (llamas, seguramente) deja Quito atrás “por Navidad del año mil y quinientos y treinta y nueve. Anduvo en buena paz y muy regalado de los indios todo lo que duró el camino hasta salir del Imperio de los Incas” (III, II: 244). Claramente, Garcilaso señala que todo va bien dentro de los límites del espacio conocido. Se entra, a partir de ese momento, en un mundo desconocido, ignoto, más allá de las fronteras del espacio previamente “civilizado” por los Incas. Sobre el episodio de la jornada de la Canela—nos aclara Garcilaso—no hay disenso entre las versiones de Francisco López de Gómara y Agustín de Zárate, pero tampoco con los testimonios orales, que siempre busca cotejar “porque van muy conformes, contando los sucessos della casi por unas mismas palabras, y porque yo las oí a muchos de los que en este descubrimiento se hallaron con Gonçalo Piçarro, diré, recogiendo de los unos y de los otros, lo que passó” (III, II: 244). Se suceden muchas cosas desde que es iniciada la expedición, son enfrentados por indios de guerra que, no obstante, retroceden, pero luego una sucesión de accidentes naturales acosan a los expedicionarios, terremotos, lluvias torrenciales, descritas como diluvios de cuarenta días con sus noches, incluso nieve y frío: “Pocos días desto tembló la tierra bravíssimamente, . . . Abrióse la tierra por muchas partes; hubo relámpagos, truenos, rayos, tantos y tan espesos, que se admiraron los españoles muy mucho. Juntamente llovió muchos días tanta agua, que parecía que la echavan a cántaros. . . . *Passados cuarenta o cincuenta días que tuvieron esta tormenta, . . .*, les cayó tanta nieve y hizo tanto frío que se helaron muchos indios” (III, II: 244; mis subrayados). Desde el principio, Gonzalo Pizarro emprende una lucha tenaz en contra de los elementos. Pareciera que Garcilaso quisiera—con esta evidente resonancia bíblica al Diluvio Universal—otorgarle a la jornada de Pizarro un carácter fundacional, la proeza de una suerte de patriarca, en el proceso de descubrimiento de un Nuevo Mundo. Más adelante, se mencionará incluso la terrible carestía de sal, entre los expedicionarios.

Luchando contra la adversidad y los elementos, se va templando el carácter del menor de los Pizarro: “Fué a buscar camino, a ver si lo havía por alguna parte, para passar adelante, porque todo lo que hasta allí havían andado, que eran casi cien leguas, eran montañas cerradas, donde en muchas partes tuvieron necesidad de abrir camino a fuerças de braços y a golpe de hachas” (III, III: 245-6). Incluso, los guías indios les mentían y los encaminaban hacia “desiertos inhabitables y padescían grandíssima hambre”, convirtiendo la jornada en una suerte de penosa peregrinación, llena de penurias, transformando lo que debía haber sido heroica conquista en una difícil lucha contra un mundo ingobernable. Encuentran caudalosos ríos, poblaciones nativas belicosas y, en general, tierras pobres y hambrientas, estériles, en comparación con el territorio

organizado y fértil, controlado por los Incas. Decidieron construir una pequeña embarcación—un bergantín—para cruzar uno de los enormes ríos que encontraron. Pizarro participa en la elaboración misma del navío, como resalta nuestro cronista, va literalmente “forjando” su carácter de líder y como señalaba James Lockhart, consiguió ganarse a pulso el respeto de sus hombres: “Gonçalo Piçarro, como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera, en forjar el hierro, hazer el carbón y en cualquiera otro oficio, por muy baxo que fuesse, por dar exemplo a todos los demás, para que nadie se escusase de hazer lo mismo” (III, III: 248). Con las camisas podridas por la lluvia, consiguen hacer una estopa (o vela), “y lo echaron al agua con grandíssimo regozijo, paresciéndoles que aquel día se acababan todos sus trabajos; mas dentro de unos pocos días”—como advierte penosamente nuestro cronista—“quisieran no haverlo hecho”, por la traición de uno de sus hombres, elemento que no podía faltar en este relato lleno de retos y adversidades, del que emergerá transformado nuestro personaje.

En el siguiente capítulo, dedicado a la peligrosa y frustrante expedición a La Canela, se narra la traición de Francisco de Orellana, el primer español en recorrer el río que sería llamado de las Amazonas y su descubridor. Desesperados, los españoles, comandados por Pizarro, pusieron todo el oro que traían, así como a los hombres enfermos y más débiles, que no podían caminar por tierra y aparece la figura del traidor: “Gonçalo Piçarro eligió para el vergantín un capitán llamado Francisco de Orellana, y cincuenta soldados que fuesen con él donde los indios dezían” con el propósito de descargar lo que llevaban “llegado a la junta de de los dos ríos grandes, . . . y bolviessen río arriba, a socorrer la gente, que iba tan afligida de hambre que cada día había muertos” (III, IV: 249). Orellana decidió que no podría remontar la “brava corriente del río” y, sin encontrar el bastimento esperado, “acordó mudar propósito, sin consultarlo con nadie; y alçó velas y siguió su camino adelante con intención de negar a Gonçalo Piçarro y venirse a España y pedir aquella conquista y governación para sí” (III, IV: 249). Se consuma la traición y queda desamparado Gonzalo y su hueste en la espesura amazónica.

Orellana tuvo que enfrentar refriegas con los indios moradores de aquellas riberas. “Por engrandecer Orellana su jornada”—señala con acento crítico y sancionador Garcilaso—“dixo que era tierra de amazonas, y assí pidió a Su Majestad la conquista dellas” (III, IV: 250). Mientras tanto, penosamente Gonzalo y su gente hacen canoas para remontar el río, esperando encontrar el fugado bergantín con bastimentos en la junta de los dos ríos grandes, pero “Hallarónse engañados, perdida la esperançã de salir *de aquel infierno, que ese nombre se le puede dar a la tierra do passaron tantos trabajos y miserias*, sin remedio ni esperançã de salir de ellas” (III, IV: 250-1; mis subrayados). El mundo amazónico queda transformado en un infierno, pero destaca la entereza de Pizarro, tras encontrar a Hernán Sánchez de Vargas, quien, en desacuerdo con la traición de Orellana, “había perseverado a estarse quedo çufriendo la hambre . . . por dar a Gonçalo Piçarro entera razón de lo que Francisco de Orellana había hecho contra su capitán general” (III, IV: 251). La respuesta de Pizarro es ejemplar frente a las malas acciones de Orellana; sacando fuerzas de flaqueza, se erige como ejemplo a seguir para todos:

Su general [Gonzalo Pizarro], aunque sentía la misma pena que todos, les consoló y esforzó, diziéndoles que tuviessen ánimo para llevar como españoles aquellos trabajos y otros mayores, . . . , que, cuanto mayores, huviessen sido, tanta más honra y fama dexarían en los siglos del mundo. Que pues les había cabido en suerte ser conquistadores de aquel Imperio, hiziessen como hombres escogidos por la providencia divina para tal y tan gran empresa. Con esto se esforçaron todos, *viendo el esfuerço de su capitán general*, que, conforme a la opinión vulgar, había de ser su sentimiento mayor que el de todos. (III, IV: 251; mis subrayados)

Como señala Lockhart, “Gonzalo no pudo, claro está, descubrir lo inexistente, y la tenacidad de los Pizarro con que largamente apremió la búsqueda sólo incrementó las bajas por hambre y enfermedades”. Gonzalo quería encontrarse con otro Perú, pugnando por sobrevivir en la exuberante, pero a la vez inexpugnable, selva amazónica. No obstante, como bien destaca el historiador norteamericano, “*la expedición ‘de la Canela’ distó mucho de ser un fracaso personal de Gonzalo. . . . Cuando finalmente reapareció cerca de Quito en 1542, se había transformado no sólo en un poder, sino en una leyenda; ahora tenía experiencia en el mando, y había ganado los elementos de un séquito personal*” (I: 189; mis subrayados).

Mientras esto ocurre, las luchas entre pizarristas y almagristas se acrecentaban; los de Chili asesinan a Francisco Pizarro el 26 de junio de 1541 en la recientemente fundada Ciudad de los Reyes (enero de 1535). Estos últimos, liderados por Almagro el Mozo, son derrotados finalmente por el licenciado Vaca de Castro, con el apoyo de los seguidores de los Pizarro, en la Batalla de Chupas (cerca de Huamanga, Ayacucho, el 16 de septiembre de 1542). Tras estos convulsos acontecimientos, reaparece literalmente, en el relato del cronista mestizo, Gonzalo Pizarro. Así, tras el excursus para relatar el asesinato de Francisco Pizarro, se narra, en los capítulos XIV y XV del mismo Libro III, el desenlace de la difícil empresa amazónica de Gonzalo Pizarro, en la que se suceden las penurias de haberse internado en “el corazón de las tinieblas”, si tomamos prestado el título a Joseph Conrad: “Dexaremos los unos y los otros por bolver a Gonçalo Piçarro, que lo dexamos a él y a los suyos en mayores trabajos y necesidades, pues peleavan con ríos caudalossísimos, con los cienos y pantanos que no se podían vadear, con montañas increíbles de bravas y ásperas, donde hay árboles tan grandes, . . . peleavan los de Gonçalo Piçarro con el hambre, enemiga cruel de hombres y animales, que tantos dellos ha consumido *en aquella tierra inhabitable*” (III, XIV: 282; mis subrayados). *Infernal* y ahora *inhabitable*, los adjetivos no pueden ser más claros; pues, los padecimientos no cesan ni tienen límite: las lluvias han podrido toda la ropa que llevan, “uno de los mayores trabajos . . . fue la falta de la sal”, “murieron de hambre (que fue la plaga que los consumió) los cuatro mil indios que entraron en este descubrimiento”, incluso “çarças, espinas y otras matas de aquellas bravas montañas . . . los maltrataron cruelmente con garranchos, que parecían ir desollados” (III, XIV: 283). Cuando reaparece de su terrible experiencia Gonzalo Pizarro, transformado él mismo en un líder, se encuentra también con un mundo cambiado:

Encontró que la situación en el Perú había cambiado; casi todos los elementos para la rebelión estaban dados. Francisco Pizarro estaba muerto y gobernaba en su lugar el juez originalmente enviado a determinar las disputas entre Pizarro y Almagro, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro. El resentimiento de un Pizarro, por entonces ya veterano en las Indias, al ver que se le quitaba la gobernación a su familia para adjudicársela a un novato, es rápidamente comprensible. . . . La corona había otorgado a Francisco el derecho de nombrar sucesor, y en su testamento Francisco había nombrado a Gonzalo, en la forma más clara posible . . . (Lockhart 189; mis subrayados).

La reaparición de Pizarro y su gente, que emergen como del “infierno”, también es relatada por Francisco López de Gómara, como recuerda Louise Bénat-Tachot: “Tantos peligros y trabajos *convirtieron aquella jornada en tragedia* (‘tardaron en volver año y medio’). La entrada en Quito de un grupo de hombres hambrientos, enflaquecidos, que no ‘se conocían’, ‘desnudos y llagadas las espaldas y pies’, ‘flacos y desfigurados’, se presenta como la réplica invertida de la salida, *parecen volver del infierno*” (Bénat Tachot 25; mis subrayados).

Queda claro, me parece, a partir de los personajes y episodios analizados en estas dos fuentes coloniales contemporáneas entre sí que la Amazonía—o los *Antis*—como se le denomina en ambos textos, es un espacio no solo ajeno, sino profundamente hostil, es más, un territorio no integrado tanto al mundo anterior a los Incas, como se relata en el *Manuscrito de Huarochirí*, donde el espacio común se define en torno al culto al huaca Pariacaca, como tampoco parte del Tahuantinsuyo en las páginas de la primera parte de los *Comentarios* de Garcilaso. No obstante, igualmente agreste y amenazador aparece el mundo amazónico para los primeros pobladores europeos como se ha visto en la desastrosa experiencia del menor de los Pizarro.

Bibliografía

- Bénat-Tachot, L (2005). "Yo soy el desventurado Gonzalo Pizarro". El atrevido retrato de Gonzalo Pizarro en la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara. En B. Lavallé (Ed.). *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* (pp. 15-41). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto Riva-Agüero.
- De la Vega, Garcilaso, el Inca (1943). *Comentarios reales de los incas*. 1609. Ángel Rosenblat, ed., prólogo de Ricardo Rojas y glosario de voces indígenas. 2 vols. Buenos Aires: Emecé Editores.
- (1944). *Historia General del Perú*. 1617. Ángel Rosenblat, ed., "Elogio del autor y examen de la Segunda parte de los *Comentarios Reales*," por José de la Riva-Agüero; glosario de voces indígenas e índices. 3 vols. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe ¿1615? *Primer nueva corónica y buen gobierno*. [He consultado la versión editada y digitalizada en la Royal Library de Copenhague. Rolena ha fungido de consultora académica del proyecto y contribuido con un ensayo, una nueva Tabla de contenidos y una lista descriptiva de los 398 dibujos del cronista]: www.kb.dk/elib/mss/poma/
- Hemming, J. (2004). *La conquista de los incas*. Trad. Stella Mastrangelo. 2ª. ed. 1ª. reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lockhart, J. (1986). *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. 2 tomos. Trad. Mariana Mould de Pease. 1ª. ed en español.
- Ritos y tradiciones de Huarochirí* (1987). Ed. y trad. Gerald Taylor. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Rostworowski, M. (2007). *Estructuras andinas del poder. Ideología religiosa y política*. Obras completas VII. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (1998). Análisis crítico de los datos históricos de los 'Comentarios reales' del Inca Garcilaso de la Vega. En *Ensayos de historia andina II. Pampas de Nasca, género, hechicería* (pp. 209-229). Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Banco Central de Reserva del Perú.
- Rubina, C. (1992). La petrificación en el *Manuscrito de Huarochirí*. *Mester*, 21.2, 71-82.

- Zanelli, C. (1989). *El ciclo mítico de Pariacaca. Análisis en lingüística del discurso*. Memoria de Bachillerato, con mención en Lingüística y Literatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas.
- (1992). "Tiempo y utopía en las primeras representaciones del mundo andino". *Mester*, 21.2, 97- 108.
- (1996). La dimensión trágica de la historia: El caso de Gonzalo Pizarro en la Historia general del Perú del Inca Garcilaso de la Vega. En J. Pascual Buxó (Ed.). *La cultura literaria en la América virreinal: Concurrencias y diferencias* (pp.351-360). México: Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas.
- (2006). De Cajamarca a Huarina: imágenes conflictivas de la escritura en tres textos coloniales. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 33, 89-107.
- (2010). *Garcilaso y el final de la historia. Tragedia y providencialismo en la segunda parte de Comentarios reales*. Tesis doctoral no publicada. University of California, Los Angeles, Romance Linguistics and Literature.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

----- No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

----- No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.